

NOTAS Y DOCUMENTOS

Sobre lingüística

Santiago, 16 de Septiembre de 1929.—Señor don Raúl Silva Castro, Pte.—Mi estimado amigo, ya que mi respuesta a las observaciones del señor Roberto Krautmacher sobre *Apuntes de lingüística* llegó a su poder conjuntamente con otras observaciones del profesor don R. Oroz, con relación a lo mismo, y como era natural, se publicaron éstas primero, le ruego dar acogida en *Atenea* a las líneas que siguen, que servirán de contestación tanto al señor Krautmacher como al señor Oroz.

Ante todo, les quedo muy reconocido a estos distinguidos profesores por las observaciones, tan atinadas como llenas del mejor espíritu, hechas a los *Apuntes* que yo publiqué, basados, no en observaciones mías, pues la lingüística está muy lejos de ser mi especialidad, sino en varias lecturas, especialmente en las *Lecciones* de F. de Saussure.

Ya con el hecho de haber provocado una discusión sobre estas materias, tan interesantes para todas las gentes cultas, he creído lograr mi objeto principal. Los que salen ganando con esto, y mucho, son los lectores de *Atenea*, entre los que hay tantos profesores y escritores. El uso correcto del idioma no es una cosa baladí; el origen de las palabras tampoco. Y al escritor, que baraja los vocablos, ¿no ha de serle útil conocer sus evoluciones, sus transformaciones de forma y de sentido? Todos ellos habrán leído las rectificaciones que el señor Oroz hace a Saussure, al señor Krautmacher y a mí, con sumo interés, y habrán lamentado, como lo lamento yo, que no haya sido el señor Oroz el que, con mayor amplitud, comentara primero en *Atenea* las ideas del lingüista ginebrino; él, un especialista, en vez de dejar esta tarea a los profanos o humildes aficionados.

Creo, por otra parte, que el señor Oroz es injusto con el señor Krautmacher al tacharlo de benévolo. Me parece que estas cuestiones científicas no deben tratarse ni con benevolencia ni, por el contrario, con espíritu malévolo o con el ánimo de molestar. La primera virtud del verdadero sabio debe ser la serenidad, y el señor Krautmacher ha dado pruebas de poseerla.

Considera el señor Oroz que yo he confiado en exceso en las etimologías que da Saussure. En realidad, yo me he limitado a transcribir las ideas de este autor, sin discutir las, lo que habría sido una gran osadía de mi parte. En cambio, el señor Oroz tiene la suficiente autoridad para hacerlo. Si él a su vez se equivoca, sólo otro lingüista podría decirlo.

En cuanto a que yo haya escrito *ruá*, *luá* en vez *rwa*, *lwa*, como lo hace Saussure, para indicar la actual pronunciación de *roi* y *loi* en francés, ha sido sencillamente para ceñirme a la forma acostumbrada con que en los diccionarios franco-españoles, vocabularios franceses, etc., se indica la pronunciación del diptongo *oi*. Tiene, pues, mi falta circunstancias bastante atenuantes. La cuestión principal es darse a entender.

Si no precedí de un asterisco las palabras pertenecientes a un idioma hipotético como el indo-europeo, fué para evitar

complicaciones inútiles. Saussure usa muchos signos especiales, que no se encuentran seguramente en nuestras imprentas, y no habría sido posible atenerse estrictamente al original. Así, por ejemplo, el sonido correspondiente a la *j* española, tan diferente al sonido de la misma letra en los otros idiomas, Saussure lo indica con un signo especial. Lo necesitaba para darse a entender de sus lectores franceses, en cuya lengua este sonido no existe. ¿Con qué fin habría yo de usar el mismo signo al transcribir la palabra «hijo» en los ejemplos que da Saussure? Habría sido llevar la minuciosidad hasta el último extremo. Y además, yo no hice un artículo técnico sino de simple divulgación; lo capital era darse a comprender de los lectores de *Atenea*, entre los cuales habrá filólogos, pero mucho más gentes profanas en estas materias. Para un especialista como el señor Oroz tiene una importancia trascendental la omisión de un simple signo; el común de los lectores no pára mientes en el pequeño detalle, en el ínfimo matiz.

Queda el capítulo de las etimologías erradas que yo, en opinión del señor Oroz, he dado... Puede crearme el distinguido profesor que ninguna es de mi cosecha: todas las he tomado de diccionarios que dan etimologías, o de autores españoles que tratan de estas

cosas. Aun eso del probable origen de *Don*, que di como simple curiosidad, y que al señor Oroz le parece tan cómico, lo leí en un autor español, cuyo nombre desgraciadamente no recuerdo. Se trataba en este caso de un simple apunte mental. . . Por lo demás, basta abrir el Diccionario de la Academia y otros diccionarios que den etimologías, para convenirse de que no siempre hay uniformidad entre ellos. Las discrepancias son habitualmente grandes. Si los cuarenta caballeros estudiosos que componen la Academia de la Lengua suelen equivocarse en esto de las etimologías, ¿qué

no podría ocurrirle a una sola persona, por mucha que sea su sabiduría y su consagración a la ciencia lingüística? Ferdinand de Saussure, que dedicó toda su vida al estudio comparativo de los idiomas indoeuropeos, ha incurrido en los errores que el señor Oroz le señala, y no creo yo que el señor Oroz se considere con derecho a la suprema infabilidad. Hay, pues, razón para pensar que sus afirmaciones etimológicas no son tampoco definitivas. Entran en la materia contenciosa. . . . Espere-mos la opinión de un cuarto.

Lo saluda afectuosamente su S. y amigo. — *Januario Espinosa*.